Centro Latinoamericano de Investigaciones Agroecológicas
C E L I A

La territorialización de la producción agroalimentaria sobre bases agroecológicas en Cuba: Un reforzamiento sostenible ante la crisis del COVID-19.

Luis L. Vázquez.
Investigador Asociado-CELIA
La Habana, Cuba.

La pandemia ocasionada por la enfermedad COVID-19 ha desencadenado una nueva crisis internacional de consecuencias impredecibles para los sistemas agroalimentarios, debido a una paralización casi total de la sociedad, que también repercutirá en la recuperación posterior, bajo un escenario de debilitamiento económico nacional e internacional con creciente exposición a eventos extremos del cambio climático.

En la etapa actual de respuesta a la enfermedad, además de las medidas sanitarias para mitigar sus efectos, el acceso a los alimentos inocuos y nutritivos es fundamental para fortalecer la resistencia de las poblaciones humanas; además, una vez que cese la pandemia, en la etapa de recuperación también se necesitará asegurar la alimentación, situación que pone a prueba la capacidad de resiliencia de países y modelos económicos.

Ante esta emergencia el Ministerio de la Agricultura (MINAG) de Cuba, por indicación Gubernamental, acaba de anunciar un programa para reforzar la producción de alimentos en dos millones de hectáreas, argumentándose que anualmente en el país se gastan 500 millones de pesos en la importación de materias primas y piensos para la elaboración de alimento animal. Este año se planificó para presupuestar 1 700 millones de pesos para la importación de alimentos para la población, porque todavía la producción nacional y lo que se importa no satisface las necesidades del país; de ahí el llamado a sembrar más, producir y acopiar más y llevar más alimentos hacia los mercados agropecuarios[1].

Aunque en el programa anunciado predomina un lenguaje convencional de sustitución de insumos y de alimentos importados, sin embargo en el mismo se evidencia que ha sido realizado considerando la base agroecológica que se ha generado en el país, para consolidar la autogestión territorial de alimentos, como se expresa en las estrategias agroecológicas mencionadas: (a) producir y comercializar localmente, para acercar la producción al sistema de comercialización-consumo por la población, como parte del programa de Autoabastecimiento Local; (b) integrar en los sistemas de producción diversos tipos de producciones agrícolas y pecuarias, para lograr un balance nutricional; (c) aprovechar al máximo las tierras, mediante la integración de cultivos (policultivos, polifrutales); (d) integrar la ganadería en los sistemas de producción agrícola, para garantizar parte de la alimentación animal, y el reciclaje de nutrientes; (e) priorizar la utilización de insumos biológicos, como estrategia de autogestión local; (f) autogestionar las semillas articulando la investigación con su multiplicación; (g) integrar la energía renovable, para cambiar la matriz energética que demanda combustible fósil importado; (i) manejar adecuadamente los calendarios de siembra de acuerdo al comportamiento del clima, con las especies y variedades mejor adaptadas; (j) integrar al programa todos los tipos de sistemas de producción (fincas, áreas colectivas de cooperativas, parcelas, huertos intensivos, organopónicos, patios).

En esta respuesta emergente ante la crisis generada por la COVID-19, se va a reforzar el Programa de Agricultura Urbana, Suburbana y Familiar del MINAG y la agricultura campesina de la ANAP a escala de territorios y sus comunidades. Estos sistemas, que desde la crisis económica que condujo al Período Especial a principios de los años noventa desencadenaron procesos de innovación participativa, que generaron diseños y manejos agroecológicos escalados a todo el país, durante más de 20 años han garantizado el 60-70% de los alimentos frescos que se consumen en la mayoría de los municipios.

Diseños y manejos agroecológicos de sistemas de cultivos innovados por agricultores en Cuba

Se evidencia, una vez más, que el modelo de agricultura convencional o industrial, que predominó en el país durante los años 60-80 del siglo pasado y que se ha tratado de recuperar en los últimos años mediante producciones especializadas en los llamados Polos Productivos, no responde ante las crisis que conllevan a la escasez de insumos y equipos importados, por tanto, no contribuye a la seguridad y soberanía en la producción de alimentos.

Este modelo industrial permitió aumentar la productividad de la tierra y del trabajo; sin embargo, resultó ineficiente en términos biológicos y económicos, y nocivo al medioambiente. La propia dependencia externa, la artificialización de los procesos productivos, a través de tecnologías costosas basadas en subsidios, así como la débil conexión entre los factores biofísicos, organizativos y socioeconómicos, le confirieron al modelo una alta vulnerabilidad[2].

A pesar de la alta calidad de la infraestructura instalada y de los crecientes niveles de capital, fertilizantes y concentrados disponibles, desde mediados de los años ochenta la productividad de la tierra había comenzado a declinar y mostrar signos de agotamiento, donde un grupo de indicadores económicos y ambientales globales reflejaban la realidad de la problemática[3].

El Período Especial, que marcó la década de los 90s, fue una etapa de privación, pero también de innovación en agricultura sostenible y en la reorganización de la producción, para la obtención de alimentos de manera más autónoma. En este período se dieron los primeros pasos hacia la transformación de la producción agropecuaria, promovida por el Grupo Gestor de la Asociación Cubana de Agricultura Orgánica (ACAO) y varios programas del MINAG, que generalizaron la producción y uso de medios biológicos y abonos orgánicos, la producción de hortalizas en las ciudades (agricultura urbana), la tracción animal y los policultivos, entre otros[4].

En el Programa de Agricultura Urbana, Suburbana y Familiar, la agroecología es definida como: la producción de alimentos sobre la base del cultivo de hortalizas, frutales, forrajes, plantas ornamentales, medicinales, aromáticas y forestales, así como la cría de animales (cabras, aves de corral, conejos, cuyes, caracoles, ranas, peces) dentro y muy próximo a los límites de las ciudades. Incluye tratamiento y reciclaje de basura y aguas utilizadas, servicios de que ¿, procesamiento agroindustrial. Abarca además el mercadeo, distribución y consumo en áreas urbanas para beneficio de la población de bajos ingresos a través del empleo, incorporando tecnologías y manejo ambiental, con efectos positivos sobre la nutrición de la poblacion[5].

Para el Movimiento Agroecológico de Campesino a Campesino (MACaC) de la ANAP, que promueve en forma horizontal la agroecología ofrece a Cuba sostenibilidad, soberanía y seguridad alimentarias, al asegurar: (a) mayor resiliencia frente a los embates climáticos tan comunes en la isla (huracanes, sequías, inundaciones, etcétera); (b) restauración de los suelos degradados por efecto del monocultivo y el uso intensivo de agroquímicos; (c) alimentos sanos (mínimo de daño contra la salud); (d) mayor productividad; (e) ahorro en divisas, insumos e inversiones[6].

Frente a tantos desafíos que enfrenta la agricultura a nivel nacional y global, la agroecología ha ganado mucha atención en las últimas tres décadas, como base para la transición a una agricultura que no solo proporcionaría a las familias rurales beneficios sociales, económicos y ambientales significativos, sino que también alimentaría a las masas urbanas de manera equitativa y sostenible. Existe una necesidad urgente de promover nuevos sistemas alimentarios locales para garantizar la producción de alimentos abundantes, saludables y asequibles para una creciente población humana urbanizada. Este desafío resultará difícil dados los escenarios previstos de una base de tierra cultivable cada vez más reducida, con petróleo costoso y de precios volátiles;

suministros cada vez más limitados de agua y nitrógeno; y, en un momento de cambio climático extremo, tensiones sociales e incertidumbre económica[7].

La Agroecología en Cuba tiene una alta valoración científica y práctica, nacional e internacional, que está ampliamente documentada. Basta mencionar tres compilaciones realizadas con la participación de diversos investigadores, profesores, especialistas y agricultores, que evidencian la masificación de la agroecología: 2001-Transformando el campo cubano. Avances de la Agricultura Sostenible; 2002-Agriculture and Resistance. Transforming Food Production in Cuba y 2016-Avances de la Agroecología en Cuba[8].

Transitar hacia una agricultura con enfoque de sostenibilidad, requiere de una gestión inclusiva, que se nutra de investigaciones, experiencias y validaciones contextuales, para disponer de programas y proyectos robustos, que cuando sean generalizados garanticen su eficiencia y perdurabilidad[9]. El programa que acaba de anunciar el MINAG, sin dudas debe contribuir a reforzar la territorialización de la agroecología, como estrategia para lograr sistemas agroalimentarios sostenibles, soberanos y resilientes. Durante los últimos 30 años se han realizado transformaciones que han conducido a cambios significativos en la matriz estructural y funcional de los territorios agrícolas del país; sin embargo, para resistir y recuperarse de los extremos climáticos que se pronostican a partir del 2030 o antes, así como de posibles nuevas pandemias, se requieren transformaciones que, de no lograrse en los próximos diez años (periodo umbral de tolerancia climática), las afectaciones a la producción de alimentos repercutirán en la seguridad y soberanía alimentaria.

Transformabilidad para la resiliencia socioecológica ante el cambio climático

El territorio corresponde a la escala en la gestión de los recursos naturales, los paisajes, las redes de conocimiento y la organización del comercio de proximidad, que requiere un conjunto coordinado de políticas específicas, de aplicación flexible, con un anclaje social y territorial, impulsadas por enfoques participativos[9].

El reforzamiento de la producción de alimentos en respuesta a la crisis ocasionada por la COVID-19, si es conducido con enfoque de sistema y no como de sustitución de importaciones, puede contribuir a realizar las transformaciones que se necesitan para lograr la resiliencia socioecológica de Cuba y otros países ante el cambio climático.

La agroecología promueve la soberanía alimentaria, porque además de garantizar la seguridad en la alimentación de la población, significa aumentar la capacidad de autoabastecimiento de los territorios, con el mínimo de insumos externos.

Referencias

1.Alonso R, Figueredo O, Fuentes T, Romeo L, Extremera D. 2020. COVID-19 en Cuba: Medidas para garantizar la producción y comercialización de alimentos. Cubadebate. http://www.cubadebate.cu. Bajada: 30 marzo.

2.Funes-Monzote FR. 2009. Agricultura con futuro. La alternativa agroecológica para Cuba. Est. Exp. Pastos y Forrajes Indio Hatuey. Matanzas. 156p.

3. Nova A. 2006. La agricultura en Cuba: evolución y trayectoria (1959-2005). Ed. de Ciencias Sociales, La Habana. 36p.

4. Rosset PM y Altieri MA. 1994. Agricultura en Cuba: Una Experiencia Nacional en Conversión Orgánica. Agroecología y Desarrollo (Chile), Número Especial 7 agosto.

5. Rodríguez-Nodals A. 2012. La agricultura urbana y suburbana en Cuba. Sus principales avances y perspectivas. XVIII Reunión Especializada sobre Agricultura Familiar (REAF). Presentación power point 27p. Brasil. Noviembre.

6. Machín B, Roque AM, Ávila DR y Rosset PM. 2010. Revolución Agroecológica: El Movimiento de Campesino a Campesino de la Anap en Cuba. Anap. Vía campesina. CECCAM.166 p.

7.Altieri MA y Nicholls CI. 2020. La Agroecología en tiempos del COVID-19. Centro Latinoamericano de Investigaciones Agroecológicas-CELIA. Medellín, Colombia, http://celia.agroeco.org/

8. Funes F y Vázquez LL. 2016. Avances de la Agroecología en Cuba. Ed. Estación Experimental de Pastos y Forrajes Indio Hatuey. Matanzas, Cuba. 605p.

9. Sabourin E, Patrouilleau MM, Le Coq JF, Vázquez LL, Niederle PA. (Eds.). 2017. Políticas Públicas a favor de la Agroecología en América Latina y el Caribe. Porto Alegre, Rede PP-AL, FAO, 412 p. ISBN 978-85-88022-22-5. http://agritrop.cirad.fr/585670/.